

Los antagonismos territoriales de la estrategia del PP neutralizan su espectacular avance electoral

España nunca es suficiente

CARLES CASTRO

LA VANGUARDIA, 21.06.08

Se puede gobernar con el respaldo de uno de cada cuatro españoles? Se puede. Y hasta con menos. Suárez lo hizo en 1979 con el apoyo del 23% del censo electoral y consiguió, además, los mismos diputados que Zapatero en marzo pasado. Sólo se trata de que los rivales congreguen menos votos. En 1989, por ejemplo, el PSOE logró incluso la mayoría absoluta con el apoyo del 27% de los electores. Y años después, la experiencia histórica parecía garantizar el acceso al poder a aquel partido que lograra un respaldo por encima del 29%.

Es lo que consiguió el Partido Socialista en 1993, y gobernó. Y una tasa similar obtuvo el PP en 1996, y también alcanzó el poder.

Sin embargo, las últimas elecciones generales privaron del Gobierno al PP pese a que Rajoy obtuvo una tasa de apoyo superior al 29% del censo electoral. Y eso que los populares cosecharon el 9 de marzo sólo dos escaños menos de los que permitieron a Aznar lograr la presidencia en 1996.

Pero en marzo pasado ocurrió lo impensable para los estrategas de Rajoy: el PSOE cosechó incluso más votos que en 2004. Concretamente, una tasa por encima del 32% del censo. Lo nunca visto desde los

históricos comicios de 1982. Y sin pretextos extraordinarios, al margen de la habitual desmemoria del PP, pues lo ocurrido no era nada nuevo. En realidad, el centroderecha ya había saboreado antes los efectos secundarios de una oposición áspera y desmesurada. Le ocurrió en 1993 y le volvió a ocurrir en 1996, pero entonces se salvó por los pelos.

Lo curioso es que Aznar fue incapaz de leer correctamente su aplastante victoria del año 2000 y se extravió en un delirante espejismo de poder absoluto y retorno a la estrategia de hipertensión. Por eso fracasó de nuevo en los comicios del 2004, en un desenlace acentuado por la tragedia del 11-M. Pero, claro, la tragedia servía también para buscar pretextos e ignorar las encuestas que habían presagiado la derrota.

Por ello, la amarga experiencia del 14-M no sirvió de nada. En el 2008, se repitió la misma estrategia, con la falsa idea de que el voto del PSOE era volátil - el desahogo emocional de un día de furia-, mientras que el capital electoral del PP permanecía inmutable, dispuesto a volver gracias a una terapia de choque. Y hasta es probable que los sondeos prometieran un gran salto adelante. Pero se trataba de un salto adelante hacia la mayoría insuficiente. El despliegue del electorado conservador tropezó con la réplica inducida del centroizquierda.

A partir de esa experiencia, el gran dilema del PP reside, ahora, en cómo girar al centro y mantener, al mismo tiempo, el amplio espectro de voto que llega hasta la derecha extrema. Es decir, cómo avanzar en la distensión retórica y emocional sin ahuyentar a los espíritus inflamados por las arengas de los predicadores amigos. Y eso no resulta nada fácil. La tentación de mantener el discurso duro, sin complejos ni escrúpulos, que tan bien funciona en Madrid o Valencia y que rinde beneficios

plebiscitarios en Murcia, es demasiado poderosa. Porque, en el fondo, la cuestión se reduce a algo muy elemental: cómo no sucumbir a la dulce embriaguez de unas cifras de ensueño, que han extendido ya la mancha azul de la gaviota a Andalucía.

Sin embargo, todo ese frenesí no sirve de nada si permite al rival subir la apuesta. Y ahí están, para demostrarlo, la abrumadora ventaja del Partido Socialista en Catalunya o Euskadi; la inversión de posiciones en Aragón, Baleares o Canarias; el retroceso gallego, y la derrota habitual de los populares en Extremadura y Andalucía. Sin duda, la actual España del PP no es suficiente para ganar. Y sus fronteras se han vuelto demasiado impermeables.